PEDRO MUÑOZ SECA

MARI-NIEVES

ZARZUELA

en un acto, dividido en cuatro cuadros, en verso y prosa, original

MÚSICA DEL MAESTRO

Arturo **SACO DEL VALLE** y Flores



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1911

MARI-NIEVES

MARI-NIEVES

ZARZUELA

en un acto, dividido en cuatro cuadros, en verso y prosa

ORIGINAL DE

PEDRO MUÑOZ SECA

música del maestro

SACO DEL VALLE

Estrenada en el TEATRO DE APOLO de Madrid, la noche del 5 de Abril de 1911



MADRID

E. VELASCO. IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.º

Teléfono número 551

1911

A la Excma. Sra.

Doña Rosario Sánchez Guerra

de Barroso

El Autor.

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
MARI-NIEVES	SRTA.	PALOU.
FERMINA		MOREU.
JUSTA		FONRAT.
ROCAVIVA	SR.	RUFART.
ZACARÍAS		MONCAYO.
CALVARIO		MANZANO.
LUMBRERA		MOLINERO.
COSTERO		GANDÍA.
ROSENDO		GARCÍA VALERO.
MIGUEL		CARRIÓN.

Coro general



ACTO UNICO

CUADRO PRIMERO

Cima da una elevadísima montáña. En el centro y en alto grandes riscos que forman una especie de gruta practicable y ante ella un tosco cobertizo hecho con recios troncos y espesas ramas. A derecha é izquierda empinadas rampas que luego en menor declive se pierden por las laterales entre rompimientos de rocas y añosos árboles. Al fondo horizonte de cielo limitado por resplandor rojizo de sol poniente. Es una tarde de Mayo. La acción en un lugar montañoso. Epoca actual.

ESCENA PRIMERA

CORO DE PASTORES dentro; ZACARÍAS y CALVARIO

Al levantarse el telón, la escena estará desierta. Lejos una campana toca á Oraciones. Un débil cencerreo de ganados que se alejan, se va extinguiendo poco á poco

Música

Pastores (Dentro.)
Corderito blanco,
ovejita negra,
no te alejes mucho
porque el lobo acecha.
Ven por el atajo,
ven por el carril,
ven á tu rebaño,
ven á tu redil.

(Cesa de sonar la campana. Se pierde el cencerreo del ganado y las voces hostigadoras se escuchan por última vez como un lejanísimo eco. Zacarías y Calvario entran en escena, casi trepando por los riscos de la derecha. Zacarías es hombre de cincuenta años. Calvario, mocetón abrutado é ingenuo, frisa en los veinte. Ambos visten trajes de campo, denotando sus indumentarias que son dos campesinos acomodados.)

Hablado

Zac. ¡Hop! ¡Lucero! (Llamando.) ¡Toma, Lucero! ¿Ves algo, Calvario?

Cal. (Dejándose caer en el suelo rendido por el cansancio.) ¡Veo todas las estrellas del cielo, señor Zacarías; pero del Lucero en cuestión, ni rastro. ¡Haber subido para esto!...

Zac. ¡Haragán!

Cal. ¿Haragán y llevamos trepando como cabras más de tres horas? Tuviera su merced este calzao tan prieto que yo tengo y otro cantar sería el suyo.

Zac. Tampoco es cosa de dejar que se merienden los lobos al choto más lucío de to el contorno y siendo como es el ojito derecho de mi Mari-Nieves.

Cal. ¿Pero tiró hacia el monte el maldito?

Zac. Por la vereda de los castaños.

Cal. Pues aquí, señor Zacarías, ni las águilas llegan.

Zac. Eso creerás tú: mira. (Indicándole el cobertizo del centro.)

Cal. (Admirado.) ¡Dios! ¡¡Una choza!!

Zac. La de Rocaviva.

Cal. (Aterrorizado.) ¡¡La de Rocaviva!! Señor Zacarías, vámonos de aquí...

Zac. ¡Quita allá!

Cal. ¡Por el Cristo de la Ermita!

Zac. Calla te digo; ¿eres de los que creen en cuentos de brujas?

Cal. ¡Señor Zacarías, que no son cuentos!

Zac. Te aseguro que sí.

Cal. Pero, ¿su merced conoce á Rocaviva? ¿Lo ha visto alguna vez?

Zac. Como á ti te veo ahora.

Cal. ¿Y es verdad que nunca bajó al llano?

Zac. Es verdad.

Cal. ¿Y es verdad que nunca vió mujer?

Zac. Tal dicen.

Cal. ¿Y es verdad que tiene medio cuerpo de lobo y medio de hombre, y que echa lumbre porlos ojos, y que habla con los diablos al oscurecer?

Zac. ¡Patrañas! Rocaviva es un hombre como otro cualquiera. Ahí lo alumbró su madre, que murió por cierto al echarlo al mundo, y ahí lo crió á pechos de una cabra el señor Frasquito; murió el pobre viejo, y ahí sigue él como si fuera una peña más.

Cal. Y... ¿está usted seguro de que no muerde?

Zac. ¡Claro, hombre!

Cal. Y diga: ¿cuándo hubo de verlo su merced?

Zac. No hace mucho tiempo: estaba hermosa la tarde y subí con el costero de Pueblohondo, que le traía el pan de la quincena. Allí estaba: en la punta de aquella peña. Nos vió subir, y quieto; nos vió llegar, y quieto; le dejamos el pan casi á su orilla y ni lo miró siquiera.

Cal. ¡Qué miedo! ¿Y no habló?

Zac. Sí: cuando ya íbamos peñas abajo, preguntó:—¿Hay muchas palomas en el llano?—Pocas—dije yo:—¡como siempre hay quien las mate!...—Pero, ¿matan á las palomas en en el llano?...—Y puso una cara... y rechinó los dientes de un modo...

Cal. (Temblando.) ¡Dios!

Zac. Entonces principió á silbar, y á silbar, y empezaron á llegar palomas torcaces y á posársele encima, y á acariciarle con las alas, que daba gusto el verlo, y luego nos gritó:—¡Yo bajaré al llano cuando no haya nadie que mate á las palomas!

Cal. ¡Redoble! Si se entera que llevo muertas muchas docenas, me destroza. Vámonos, señor Zacarías.

Zac. Hay que esperarle: únicamente él podrá ayudarnos á encontrar el choto: conoce la montaña palmo á palmo.

Cal. (*Muy angustiado.*) Pero vea su merced que el sol ya se ha ido; que la noche se echa encima; que hay lobos; que habemos dejao á Mari-Nieves en la fuente de la Peña Negra y no está bien que su padre y su novio la abandonen de esa manera.

Zac. Ya le dije que si tardábamos se fuese á la alquería.

Cal. Es que...

Zac. ¡Calla! (*Queda escuchando.*)

Cal. (*Muerto de mido.*) ¡Ay! (*Suena una flauta dentro.*)

Zac. ¿No oyes? ¡El es!

ESCENA II

ZACARÍAS, CALVARIO y luego ROCAVIVA

Música

Cal. (*Escuchando.*)
Es un pito lo que toca.

Zac. (*Idem.*)
Una flauta debe ser.

Cal. Ya sea flauta, ya sea pito
lo que suena, suena bien.

Zac. Por lo visto aprendería
del pastor que lo crió,
que gozaba en la alquería
fama de gran tañedor.

Cal. (*Escuchando.*)
¡Qué picadillos!

Zac. (*Idem.*) ¡Cuántos primores!

Cal. Es como el trino de un pajarillo

Zac. Que canta al nido de sus amores.

Los dos Parecen trinos de ruiseñores.

Zac. Ahora parece como el zumbido
que arranca el viento
de algún zarzal.
Ahora semeja las gotas de agua
que van cayendo
sobre un cristal.

(*Cesa de sonar la flauta.*)

Roc. (Dentro.)

Lucerito de la tarde,
lucerito grande y blanco,
cuando tu luz aparece
muere la luz del barranco.
Vete, lucero,
que venga el día,
que dure poco
la noche mía.
Que venga el alba
que al campo alegra,
que pase pronto
la noche negra.

(Vuelve á sonar la flauta.)

Zac. ¡Qué bien canta!
Cal. ¡Qué bien toca!
Zac. Ya se acerca.
Viene ya.
Cal. ¡Ay, qué miedo!
Zac. No seas bruto.
Cal. ¡Si nos muerde!...
Zac. ¡Quita allá!
Cal. Siento en las piernas
un cosquilleo,
y tengo un miedo
fenomenal.
Zac. Calla y no tiembles
que no hay motivo,
pues no hay temores
de ningún mal
Los dos Cállate,
ven acá,
mírale,
ahí está.
Yo no sé
que me da,
mírele,
ahí está.

(Quedan semiocultos á la derecha. Entra en escena Rocaviva por la izquierda último término y se detiene en el punto más elevado. Es un moceton fornido, atlético, curtido por el aire y por el sol, de rudos modales, pero ingenuo y simpático. Viste burda zamarra de pieles, calzón corto y estrecho, toscas sandalias y al-

barcas. En una de sus manos lleva una gruesa garrota, y de su cuello cuelga la mal pulida flauta que le distrae en sus ocios.)

Hablado

Cal. (A Zacarías.)
¡Qué cara tiene, Dios!
Zac. (A Calvario, á media voz.) ¡Cállate, bruto!
Roc. (Advirtiendo la presencia de Zacarias y Calvario.)
¿A estas horas y aquí gente del llano?
Zac. Escucha, buen amigo.
Cal. (¡Jesús y qué garrota! ¿Será bárbaro?)
Zac. ¿No has visto por el monte
á un chotillo castaño
lucero por más señas, y que tiene
en los ijares dos manchones blancos?
El pícaro animal, yo no sé cómo
se escapó del establo
y tomó monte arriba, y no le vemos
por veredas ni atajos.
Roc. (Ingenuo.)
Pero, ¿cómo tratáis á los chotillos
los pastores del llano
que huyen á la montaña donde hay lobos?
Cal. (¡Es tonto rematado!)
Zac. No se les trata mal: es que sucede
que las bestias, son bestias, y está claro,
hacen, lo que los hombres que son bestias,
tomar lo malo, sin saber que es malo.
Roc. ¿Y qué quieres de mí?
Zac. Como conoces
el monte palmo á palmo,
quisiera que vinieses con nosotros
y que nos ayudases á buscarlo.
Roc. Mañana, al clarear, daré una vuelta
por breñas y barrancos
y puede que lo encuentre. Ahora... ya es tar-
el lucerillo grande está brillando [de;
y de noche no salgo de mi choza.
Cal. ¿Te da miedo la noche?
Roc. ¿A qué negarlo?
Si son oscuras, porque son oscuras,
y si son claras porque los picachos

parecen brujas, y las peñas duendes,
y los chopos diablos,
y cada matorral un alma en pena
que se pasa las horas suspirando.

Cal. ¿Por qué si eres miedoso
no bajas por las noches al poblado?

Zac. Dice Calvario bien: después que encierras
en la cueva al rebaño
bien pudieras bajar á la alquería.

Roc. ¿Sucede por acaso
que cuando en las montañas anochece
no anochece en el llano?
Si en el monte que está cerca del cielo
nos quedamos sin luz, ¿qué será abajo?

Cal. Abajo hacemos lumbre,
y hay vino, y luz, y coplas, y guitarros,
y lo pasamos bien, que te lo diga
el señor Zacarías; no te engaño.

Roc. Yo estoy mejor aquí.

Cal. ¡No digas eso!

Roc. ¿Por qué no he de decirlo?

Zac. (A Calvario, á media voz.) ¡Calla, bárbaro!
Si te tira el garrote, te deshace.

Cal. (Miedoso.)
Vámonos, no sea cosa...

Zac. Te dejamos.
Acuérdate mañana
de mirar por breñales y barrancos
por si acaso lo encuentras. No lo olvides:
es un choto castaño
lucero por más señas, y que tiene
en los ijares dos manchones blancos.
¡Vaya, adiós!

Cal. ¡Que te alivies! ¡Cualquierilla
le da una broma mientras tenga el palo!
(Hacen mutis por la derecha primer término.)

ESCENA III

ROCAVIVA y MARI-NIEVES

Rocaviva, sentado en uno de los riscos hace sonar de nuevo su tosca flauta. Mari Nieves, atraída por el sonido y guiada por él, entra en escena trepando por los riscos de la derecha último término. Maria-

Nieves es una muchachita ingenua, candorosa, bellísima. Viste traje corto de un color claro, cubre su cabeza con un amplio sombrero de palmas y trae en una de sus manos un ramo de flores silvestres

Mari — (Acercándose á Rocaviva)
Dime, pastor...
Roc. — (Contemplándola entre arrobado y espectante.)
¿Quién es?
Mari — Yo; Mari-Nieves.
Vengo buscando á un choto pequeñito
que escapó del establo esta mañana,
y temo que los lobos de la sierra
lo maten si lo encuentran. ¿Tú lo has visto?
Roc. — No lo he visto y difícil es ya verlo
porque la luz se va, pero no temas,
(Acercándose á ella y contemplándola cariñosamente.)
si el choto que tú buscas no parece,
yo te daré el mejor de mi rebaño.
Mari — ¿Tanto ganado tienes?
Roc. — Tengo mucho.
Mari — ¿Y es tuyo?
Roc. — Sí; cuanto tú ves es mío.
Mari — Y dí, ¿cómo te llamas?
Roc. — Los de abajo
me llaman Rocaviva.
Mari — (Retrocediendo horrorizada.)
¡¡Virgen Madre!!
Roc. — (Apenado.)
¿Por qué te alejas, dí, por qué te asustas?
Mari — (Miedosa.)
Dicen que tienes el mirar del águila,
y la fuerza del toro y la destreza
de una cabra montés, y que tu cuerpo
tiene busto de hombre, y pies de lobo...
Roc. — Mírame bien, ya ves que te engañaron.
Mari — (Menos miedosa y examinándole atentamente.)
Dices verdad; tus pies, son pies de hombre.
Roc. — Me han visto desde el llano... y no me han [visto.
Mira tú aquella peña, ¿no parece
que es negra toda? Pues si te acercaras
verías en ella muchas flores blancas.
Mari — ¿Y qué vida haces tú, siempre en la cumbre?
Roc. — Pues qué vida he de hacer: la que hacen to- [dos;

esperar que amanezca cuando anochece,
y aguardar que anochezca cuando amanece.
Hacer lo que mis cabras y mis corderos,
errar alegremente por los senderos,
buscar la sombra fresca y el agua clara,
parar donde el ganado gustoso para
en el blando ribazo de las colinas
ó al pie de los nogales y las encinas;
vivir como las aves, como las flores,
tranquilo, sin pesares y sin dolores.

Mari ¿Y no te quiere nadie ni á nadie quieres?

Roc. ¿Querer? Dime, ¿qué es eso?
(Comienza á oscurecer.)

Mari ¡Qué infeliz eres!
¿Cómo dices entonces, si no lo sabes,
que vives como viven flores y aves?
El cura de la ermita, nos dijo un día,
que sin sentir cariño, nadie vivía;
y nos dijo que viven con sus amores
lo mismo las ovejas que los pastores,
y que viven amando todos los seres;
¿cómo dices que vives, si á nadie quieres?
Si hasta las flores aman: no, no te asombres;
las flores se enamoran como los hombres:
yo ví un día en el fondo de unos barrancos
qué se yo cuantas matas de lirios blancos,
y ví que entre los lirios, había una sola
mata con el capullo de una amapola
y cuando abrió sus hojas, era tan bella
que los lirios sintieron amor por ella
y cómo la amarían, con qué delirios
que se volvieron rojos los blancos lirios.

Roc. ¿Y estos que nacen blancos y blancos mue- [ren
conservan su blancura porque no quieren?

Mari No, tonto, se enamoran de lirios bellos
que tienen la blancura misma de ellos.
Si se enamoran todos: si el cura un día
dijo que sin amores nadie vivía.
¿No has visto que en los nidos de los pica- [chos
mientras las hembras duermen, velan los [machos,
y cantan y gorjean? ¿Nunca has oído

cómo cantan las aves cerca del nido?
¿No has visto cómo vuelan entre las rosas
muy juntas, muy unidas las mariposas?
Pues si viven amando todos los seres,
¿cómo dices que vives, si á nadie quieres?

Roc. ¡Si yo quiero!

Mari ¿De veras?

Roc. A mi piara.

Mari ¿Nada más?

Roc. Y á la fuente que da agua clara
y al arroyo que cruza por el sendero.
¡Si es querer lo que dices, yo también quiero!

Mari ¿Y por qué, dí, no haces lo que otro haría,
lo que hacen los pastores de mi alquería,
que al amor de la lumbre, cuando el ganado
en rediles y apriscos queda encerrado,
nos divierten con coplas muy bien traidas
y nos cuentan historias muy divertidas,
la historia de aquel Duque que se enamora
de los ojos azules de una pastora,
y la de una Condesa de horca y cuchillo
que murió enamorada de un zagalillo?
¿Sabes muchas tonadas?

Roc. Tan solo una,
¿y tú?

Mari Pasan de treinta.

Roc. Cántame alguna,
¿quieres?

Mari Voy á cantarte, la que cantaba
un pastor que moría del mal de amores,
á orillas de un arroyo que bordeaba
los prados y los valles llenos de flores.

Música

Mari Había un arroyo y había un rosal,
había una rosa y había un pastor.
Y era el arroyo de cristal
y era la rosa, del color
del coral.
Lloraba el pobre pastor
un mal que era mal de amor
y era tan grande su mal
que lloraban su dolor

el arroyo de cristal
y la rosa del color
del coral.
No llores, pastor, no llores
porque escuchando tu mal
llora tu pesar las flores
y el arroyo de cristal.
No llores, pastor, no llores
que las rosas del rosal
van á perder sus colores
de coral.

Roc. Qué bonita es la tonada;
escucha, que quiero yo
cantarte la que cantaba
el pastor que me crió.
Pastor que en el monte
guardas tu rebaño,
en tanto que ríes
lloran los del llano.
Lobos hay arriba
y hay hombres abajo
prefiere á los lobos
que hacen menos daño,
pastor que en el monte
guardas tu rebaño.

Mari (Muy angustiada mirando hacia el fondo.)
¡Dios santo!

Roc. ¿Qué miras?

Mari Que es noche ya,
que borraron las sombras
trochas y atajos,
que no sé como al llano
podré tornar.

Roc. No temas.

Mari ¡Dios santo!

Roc. No temas, te digo,
que hay para tí en mi choza
calor y abrigo.
Pastora, la que en los ojos
tiene luces de luceros
de luceritos más claros
que los soles mañaneros.
Lirio blanco
del barranco:

palomita de colores;
florecita de los campos,
capullito de las flores,
aguarda aquí las claras
luces de aurora
y olvídate del llano
bella pastora.

Mari — Creerán que en el monte
la senda perdí.
Creerán que los lobos
cebaron en mí.

Roc. — Aguarda aquí las claras
luces de aurora
y olvídate del llano,
bella pastora.

Mari — ¿De veras?...

Roc. — ¡De veras!
¡Pastora!...

Mari — ¡Pastor!...
Dime Mari-Nieves
que suena mejor.

Roc. — Te diré mi cielo,
mi vida y mi amor.
¡Pastora!...

Mari — ¡Pastor!

ESCENA IV

DICHOS, ZACARÍAS y CALVARIO

Hablado

Roc. — ¡¡Mari-Nieves!! ¡¡Mari-Nieves!!

Cal. — (Dentro.) ¡Aquí está! (Rocaviva y Mari-Nieves, miran con avidez hacia los rompimientos de la derecha por donde eutran en escena manifestando gran zozobra y cansancio, Calvario y Zacarías.)

Zac. — ¡¡Mari-Nieves!

Cal. — ¡¡Dios!! ¡¡Abrazados!!

Mari — (Pugnando por safarse de los brazos de Rocaviva.) ¡Suelta!

Cal. — ¡Eh! ¡Que es mi novia, tú! (Amenazador.)

Mari (Separándose de Rocaviva.) No le hagais daño: si no me hacía mal.

Cal. ¡¡Redoble!! ¡Si no tuviera esa garrota!...

Zac. ¡Vamos de aquí! (A Mari-Nieves.) Buen susto me has hecho pasar.

Roc. ¡¡Se va!!

Mari ¡Qué solo queda el pobre! (Lo mira cariñosamente.)

Cal. ¡¡Y lo mira!!

Zac. ¡Vamos!

Roc. (Suplicante y á media voz.) ¡¡Mari-Nieves!!

Mari (Sonriendo y arrojándole el ramo de flores que llevaba en la mano.) ¡Adiós!

Cal. ¡¡Dios!! (Intenta coger las flores, pero Rocaviva le aparta de un manotazo.) ¡¡Redoble!! ¡¡Qué puños!! (Rocaviva recoge las flores y las contempla un instante.) ¡Me las han de pagar! (Vase tras Mari-Nieves y Zacarías. Rocaviva solloza contemplando las flores.)

Mari (Dentro, cantando.)

No llores, pastor, no llores,
que las rosas del rosal
van á perder sus colores
de coral.

MUTACION

CUADRO SEGUNDO

Planta baja de una gran casa de labor. En el lateral derecha hogar de viva lumbre, bajo chimenea de gran campana. Pendiente de los llares un buen caldero, y lejos de la lumbre, sobre una mesa tosca y colgados aquí y allá, diversos utensilios de cocina. En el fondo izquierda, amplia puerta de dos hojas que conduce al campo; en el fondo derecha, ventana con puerta de madera. En el lateral izquierda, puerta que simula dar acceso á restantes departamentos de la casa. Un rústico arcón de madera adosado á la pared; aperos de labor, arados, azadones, capachos, arreos de caballerías, bancos y sillas rústicas completan la decoración. Es de noche; de la acampanada chimenea pende un candil de doble piquera, y su luz amarillenta y triste contrasta con la alegre y rojiza llama del hogar.

ESCENA PRIMERA

LUMBRERA, MIGUEL, ROSENDO, FERMINA, JUSTA y CORO GENERAL

Música

(Al levantarse el telón cuatro mozas bailan en el centro de la escena. Los demás sentados aquí y allá forman artistico grupo.)

Coro
De un rosal soy yo la espina
y de serlo estoy contento
porque vivo debajito
de la rosa á quien yo quiero.
¡Ay, rosita, si tú no me quisieras!
¡ay, rosita, de pena me muriera!
Que en tus ojos hay luces de luceros
y por verme en tus ojos yo me muero.

(Cesa el baile.)

Lum. (Hablado sobre la música.) ¡Ea, muchachos, venga otro baile! No dejar que sus enfríen las piernas, que luego es peor.

Justa Dice bien el tío Lumbrera. ¡Vamos!

Todos ¡Vamos! ¡Vamos!

Una voz ¡Por usté va!

(Comienza el baile de nuevo.)

Coro
Adonde quiera que tiras
el agua con que te lavas
nacen claveles más lindos
que la luz de la mañana.
Baila, zagalilla,
como alegre baila
el chorrito claro
de la fuente clara.
Baila, zagalilla,
baila sin cesar,
baila, porque el baile
mata mi pesar. (Cesa el baile.)

Hablado

Lum. (Pastor casi octogenario, de simpático aspecto.) Bueno está ya, zagalas, que sus vais á caer á pedazos.

Fer. (Zagalilla risueña.) Hay que aprovechar que no está el amo, tío Lumbrera.

Lum. Pero ¿es verdad que anda el señor Zacarías por esos montes de Dios?

Justa (Otra zagalilla de pocos años.) Sí señor; ha subido con Calvario y con cinco ó seis valientes á rociar el monte con agua bendita y á quemar un chozón que hay allá en lo más alto; donde á buen decir se esconde el epíritu que hechizó á la Mari-Nieves.

Lum. ¡¡Carabina!! ¿Pero está hechizá la Mari-Nieves?

Ros. ¿No lo sabía usted, tío Lumbrera?

Lum. Como bajo á la alquería de tarde en tarde...

Ros. Pues, sí señor; hechizá y hechizá de muerte.

Lum. Pero, por quién, ¡carabina!

Ros. Por el alma en penas que vaga por las cumbres.

Lum. (Santiguándose.) ¡Por Rocaviva! Sin sangre me dejas, zagal. ¡Lástima de flor! ¿Y cómo fué el hechizo? ¿Se sabe?

Ros. En decir del amo, porque Mari-Nieves subió á la cumbre y pisó hierbas que encierran maleficios; en decir de Calvario, por cosas peores.

Lum. Cuenta, zagal.

Ros. Dicen que iban por los picachos buscando á un choto que había tomao el camino de la cumbre, cuando de repente sintieron que retemblaba la tierra y que se oscurecía la luz y que de unos zarzales salía como una llama, y de la llama un lobo con facciones de hombre y cuernos de macho, que decía conjuros tras conjuros.

Lum. ¡¡Virgen!!

Ros. Calvario, viendo que tanto la Mari-Nieves como el amo estaban privaos en tierra, alargó el brazo, más muerto que vivo, é hizo la cruz como pa pesinarse, y en el momento se encontraron los tres en tierra llana, sin saber ni cómo ni por dónde habían bajao.

Justa ¡Qué miedo!

Lum. (Estupefacto.) ¡Qué cosas suceden, Virgen! ¿Y no habéis hablao con la Mari-Nieves de ese lance?

Fer. ¡Toma! Y no poco; pero la pobre como está hechizá por aquellos conjuros, dice que Rocaviva no es alma en penas, sino pastor hermoso como imagen de altar.

Justa Y dice más, tío Lumbrera; dice que quiere irse allá arriba con él, pa siempre.

Mig. Por eso en cuanto se ve libre, vuela pa el monte como pajarillo desenjaulao.

Lum. ¿Tal hace, zagal?

Mig. Como que en estos días ha subido tres veces, por mi cuenta, y más de seis la ha sujetao el amo, cuando iba ya por la vereda de los castaños, camino de la cumbre.

Ros. Por eso el señor amo ha decidido hacer lo que ya habrá hecho; yo, sin querer, oí lo que hablaba con Calvario á prima noche acerca del asunto.

Fer. ¿Qué decía, Rosendo?

Justa ¿Qué decía?

Ros. Pues decía: tú lo sabes, Calvario; por las noches no sale del chozón; llegamos, rocíamos aquello, le prendemos fuego y acabó el hechizo.

Mig. ¡Natural!

Ros. ¡El pobre Calvario! Cuidao que tiene romo el gancho; con tos sus dineros y con toa su fachenda le han quitao tres novias en poco más de na.

Fer. ¡Si todas le querían como Mari-Nieves!...

Justa Escuche usté, tío Lumbrera, ¿es verdad que en estos montes tan altos á donde los pastores no llegan hay siempre almas en penas y brujas y demonios?

Lum. Es verdad, zagala.

Fer. A mi abuela que esté en gloria le oí yo decir que en el barranco del eco anidó muchos años el alma en penas de un fraile descalzo que rapiñaba reses y frutos.

Lum. Y yo sé una conseja que bien acredita que aquí cerca, en Monteleón, vivió muchos años el alma de un zagal que murió de pesadumbre porque quiso de amor á una galana linda como vosotras, que Dios guarde.

Justa ¿Cómo es la conseja, tío Lumbrera?

Fer. ¡Cuéntela usté!

Voces ¡Que la cuente! ¡Que la cuente!

Lum. Pues allá va, que muy al caso viene.

(Pastores y zagalas se acercan á Lumbrera, arrodillándose unos y sentándose otros en el suelo ante él. Al comenzar el viejo su relato entra en escena Mari-Nieves, por la izquierda último término, y se detiene escuchando el romance.)

ESCENA II

DICHOS y MARI-NIEVES

Lum. (Hablado sobre la música que pianísimamente acompaña á esta conseja.)

Una tortolica,
una linda flor
era la pastora
de Monteleón.
Rubios los cabellos,
blanca la color,
azules los ojos
y dulce la voz,
como campanita

que llama á oración;
dicen que naciera
del beso de amor
que á una rosa, rosa,
dió un rayo de sol.
De la pastorcica
se prendó un pastor
y entrambos se amaron
con tan loco ardor
que la rosa, rosa,
su color perdió;
dijérase al verla
que quien la engendró
fué rayo de luna,
no rayo de sol.
Arriba del monte
se vieron los dos,
arriba del monte
se hablaron de amor;
pero una mañana
desapareció
la linda pastora
de Monteleón.
Uno y otro día
la aguardó el pastor,
uno y otro día
la llamó su voz,
más ¡ay! la pastora
nunca más volvió.
Solo, el zagalillo
murió de dolor,
pero su alma triste
por el monte erró
uno y otro año
llamando á su amor,
y arriba del monte
y al ponerse el sol
dicen los pastores
que oían su voz
clamando con ecos
de amargo dolor:
¡Sus!... ¡Las aguas!...
¡Sus!... ¡Los vientos!..
¡Sus!... ¡Las flores de mi Abril!...

¿Dónde está mi estrella clara?
¿Dónde está mi amor feliz?
¿Dónde está la mi pastora
que ya no acude hasta mí?
¡Sus!... ¡Las aguas!...
¡Sus!... ¡Los vientos!...
¡Sus!... ¡Las flores de mi Abril!...
. . . .
. . . .
Y á su triste eco
nunca contestó
la linda pastora
de Monteleón;
la que nació un dia
del beso de amor
que á una rosa, rosa,
dió un rayo de sol.

¿Eh? ¿Qué os parece la conseja, zagales?

Fer. Que hogaño no hay pastores que mueran por razón de sus querencias, tío Lumbrera.

Mari (Adelantando,) Y ¿qué sabes tú?

Lum. ¡Cómo! ¿estabas ahí, pequeña?

Mari Y escuché el romance: y pienso que mal de muerte aquejaría á la pastora de la conseja cuando no subió á donde su zagalillo la aguardaba.

Mig. No podría subir.

Mari Muerta había de estar; que querer es poder y cariños rompen cadenas. Por mí habéis de probarlo; ellos á que no y yo á que sí; ellos á que no he de quererle y yo á quererle cada día con mayor ley.

Ros. (¡Bien se ve el hechizo!)

Lum. Pues yo te digo, zagala, que debes de ofrecerle el pelo á la Virgen de los Cañaverales para que dejes de querer á quien quieres.

Mari ¡Dejarle de querer! Pero ¿eso puede hacerse? Un día hube yo de preguntarle á usté: «Tío Lumbrera, ¿por qué las cosas bonitas que se ven de día y con luz vuelven á verse de noche y á oscuras cuando uno las recuerda? Y ¿por qué causa se recuerdan las cosas cuando uno no ha querido recordarlas?» Y usté

se rió de mí, y me llamó tonta, y me repuso con acento de verdades: «Que había cosas que podían más que nosotros; que así como el agua corre monte abajo sin que pudiéramos mandar en ello, tampoco podíamos mandar en nuestros adentros, porque eran los recuerdos como las estrellas de la noche que lucen y brillan porque sí, sin que ninguna mano las encienda.»

Lum. Y es verdad lo que te repuse.

Mari ¿Pues cómo quiere usted que ahora se apaguen las estrellitas de mis recuerdos cuando soles parecen por las luces que dan? ¿Cómo quiere usted que no quiera cuando mandan en mí los quereres? Que corra el agua monte abajo si su ley cumple, pero que nadie se oponga á que mi querer suba monte arriba, porque ese es mi sino, porque ha de subir aunque no quieran.

Lum. (¡Lástima de flor!)

Ros. Cambie usté de tocata, tío Lumbrera, que el amo no quiere que se le hable de amoríos.

Lum. Descuida, zagal.

Mari ¿Y mi padre?

Ros. Por ahí anda con Calvario y unos cuantos pastores.

Mari ¿A estas horas?

Lum. No te asustes, zagala, que tu bien persiguen.

Mari ¿Mi bien?... ¿Han subido al monte?

Lum. Han subido al monte.

Mari (Muy inquieta y apurada.) ¿A qué han subido? Decidme la verdad

Lum. Ya lo sabrás, mujer; ahora el hechizo no te deja ver claro.

Mari ¡El hechizo! ¡El conjuro! ¡El alma en penas! Pero ¿con qué fin dicen todas esas mentiras? ¿Acaso.. ? ¡Dios mío!

Lum. No pienses malamente, zagala.

Mari (Con ansiedad.) ¿A qué ha subido mi padre al monte, tío Lumbrera?

Lum. A rociarlo con agua bendita.

Mari ¿Nada más? ¡Hable usted, por Dios!

Lum. Y á quemar un chozón que hay en lo alto, según dicen.

Mari (Aterrada.) ¡¡Virgen santa!! (Se dirige á la puerta fondo, pero Rosendo y Miguel la sujetan.) ¡Dejadme!

ESCENA III

DICHOS y ROCAVIVA

Roc. (Dentro, cantando.)

Lobos hay arriba
y hay hombres abajo,
prefiero á los lobos
que hacen menos daño,
pastor que en el monte
guardas tu rebaño.

(Mari-Nieves al escuchar las primeras estrofas del canto resplandece de alegría; pretende salir, pero se lo impiden Miguel y Rosendo. Todos los demás escuchan al que canta con marcadísima curiosidad.)

Mari ¡Dejadme! Es él: nada han podido hacerle.

Ros. (Extrañado.) ¿El?

Mari Sí; Rocaviva.

Mig. (Miedoso.) ¿Será verdad?

Lum. No hagais caso.

Fer. ¿Quién cantó, tío Lumbrera? (Miedosa.)

Lum. No conozco esa voz.

Justa Ni yo esa tonada. (Miedosa.)

Ros. Muerto de miedo.) ¿Sería el espíritu?

Lum. Los espíritus no cantan, muchacho.

Ros. ¡A otro! Espíritu es el viento y ya ve usted si mete ruido.

Mig. (Temblando.) ¡Redoble! ¿No habéis escuchado? ¡Parece que han empujao la puerta!

Ros. Pues viento no hay.

Lum. ¡Silencio!

(Todos callan. La puerta se mueve como si alguien quisiera forzarla empujando sus hojas. El que más y el que menos brinca del susto.)

Justa ¡Dios mío!

Ros. ¡¡Re... doble!!

Lum. (Temeroso.) ¡Sí que es raro! (Todos se alejan cuan-

to pueden de la puerta del fondo. Mari-Nieves queda sola en el centro de la escena.) ¿Quién va? (Pausa.) ¿Quién llama? (Suenan dos golpes. Las zagalas huyen aterrorizadas haciendo mutis por la izquierda.)

Ros. (Temblando.) ¡Vámonos!

Lum. Aguarda, hombre, aguarda.

Mig. (Temblando.) ¡Pero...!

Lum. (Como antes.) ¿Quién va?

Roc. (Dentro.) Yo.

Lum. ¿Quien?

Roc. (Dentro) Rocaviva. (Lumbrera, Rosendo y Miguel aterrados hacen mutis. Los demás pastores les anteceden ea la huida. Queda sola en escena Mari-Nieves.)

Mari (Dirigiéndose hacia la puerta del fondo.) El Cristo de la Ermita supo librarlo. (Abre la puerta y entra en escena Rocaviva, medio abrazando á Mari-Nieves.)

ESCENA IV

MARI-NIEVES y ROCAVIVA

Música

Roc. ¡Mari-Nieves!
Mari ¡Mi amor!
¿A qué vienes, pastor?
Roc. Vengo á ver en tus ojos la luz
que hay en ellos más luz que en el sol.
Vengo á ver en tu cara de nieves
colores de rosas, de rosas de olor.
Mari Si la noche te asustaba,
¿cómo has venido hasta aquí?
Roc. Tu recuerdo iluminaba
la vereda que seguí,
pues pensando en tus ojos
me parecía
que la noche era clara
igual que el día.
Mari Bendito el recuerdo
que te trajo á mí.
Roc. Que me trajo á ti:
á buscarte así

como el corderito busca á su cordera
como á su nidito busca el chamarí.

Mari — Mi pastor el que yo quiero,
el que vive en el breñal,
el que es lobo y es cordero
y es valiente y es leal.

Roc. — Mi pastora la que quiero
con cariño sin igual.

Mari — Tu zagala, tu lucero,
tu estrellita, tu rosal.

Roc. — Conmigo ven, pues quiero yo
contigo allí gozar tu amor.

Mari — Contigo iré, pues quiero yo
unida á ti gozar tu amor.

Roc. — Gozar tu amor allí.

Mari — Gozar allí tu amor.

A dúo

Un día al clarear
la alegre luz
la luz del sol
los dos gozar
de amor.

Hablado

Roc. — Llevas sin subir al monte
seis días.

Mari — No tuve yo
la culpa; fué que mi padre
sin duda alguna espió
mis pasos, y cuando supo
que antes del primer albor
dejaba yo la alquería
para verte, me encerró
en ese cuarto y me tuvo
seis días sin ver el sol.

Roc. — ¡Presa tú!...

Mari — Sí: por quererte.
Presa por ti, por tu amor;
preso el cuerpo, y en el cuerpo
aun más preso el corazón.

Roc. — ¡Mari-Nieves!

Mari ¡Si supieras
cuánto he llorado, pastor!
Roc. Vente á mi cumbre; allá arriba
donde no hay cárceles.
Mari No.
Roc. ¿Por qué no quieres? Mi choza
será tu choza: los dos
viviendo juntos seremos
felices como lo son
los pájaros.
Mari ¡Imposible!
¡Sin casarnos! No: no voy.
Roc. ¿No dices tú que casarse
es unirse por amor
ante un hombre que en el llano
hace las veces de Dios?
Mari Justamente.
Roc. Pues entonces
no abrigues ningún temor,
pastora: vente conmigo
allá donde vivo yo,
á la cumbre, junto al cielo,
donde hay más luz y más sol,
y nos casará Dios mismo.
Mari ¿Estás loco?
Roc. ¿Loco? ¡No!
Que quien casa á las ovejas,
puede casar al pastor.
Mari Dices bien.
Roc. ¡Vente! (Voces dentro.)
Mari (Muy asustada.) ¡Mi padre!
Roc. ¡Huye conmigo!
Mari Ahora no:
escóndete aquí y huiremos
antes del primer albor.
(Hacen mutis Mari-Nieves y Rocaviva por la primera puerta de la izquierda.)

ESCENA V

ZACARÍAS y CALVARIO

Zac. (A Calvario, que manifiesta gran tristeza y apocamiento.) Levanta esa cabeza, hombre: no tiembles.

Cal. Es que lo que hemos hecho tiene sus quiebras, señor Zacarías.

Zac. ¡Bah!

Cal. El costero de Pueblohondo conocía á Rocaviva y sabe que usted lo conocía mismamente: y si mañana se entera de que usted con el achaque de ahuyentar á un alma en penas ha incendiao el chozón de la cumbre... comprenderá que lo que ha hecho usted es... asesinar á un hombre.

Zac. (Tembloroso.) ¡Calla!

Cal. ¡Si él habla!...

Zac. No hablará: yo sé cómo se compra el silencio.

Cal. Mala cosa hemos hecho, señor Zacarías.

Zac. Peores cosas pensaba él hacer con nosotros.

Cal. Ahora es cuando yo creo que su espíritu ha de vagar por las cumbres.

Zac. ¡Quita!

Cal. ¿No vió usted cómo de las llamas salía un penacho azul que, empujao por el viento, voló, así, como monte abajo?

Zac. Visiones tuyas.

Cal. ¿Y no oyó usted al desplomarse el techo del chozón como un alarido allá lejos, muy lejos?

Zac. ¡Calla!

Cal. (Temblando.) ¡Dios! Qué malo estoy, señor Zacarías: siento frío en los huesos y un calor en la piel que aun me parece estar cerca del incendio maldito.

Zac. Bien: calla de una vez. Aguárdame aquí, que voy á echar un vistazo á la gañanía.

Cal. ¿Va usté á dejarme solo? (Muy apurado.)

Zac. Sí: de venir conmigo, notarían en tu cara la zozobra: aguarda. (Vase Zacarías por la primera puerta de la izquierda.)

ESCENA VI

CALVARIO, MARI-NIEVES y ROCAVIVA

Cal. Razón tiene: no debo mirar á nadie cara á cara hasta no tranquilizarme: leerían en mis ojos el crimen que ha cometido ese hombre. Bueno, ese hombre... y yo: porque yo... ¡Dios mío! (Arrodillándose consternado.) ¡Perdóname! ¡Perdóname... por lo bruto que soy! ¡Que no se descubra esta hechuría! (Oye ruido y queda en una pieza sin atreverse ni á respirar.) (¿Quién será? No me atrevo ni á volver la cara.)

Roc. (A Mari-Nieves en voz baja.) No: tú primero: á mí no hay quién me sujete.

Mari Pero...

Roc. (Empujándola blandamente hacia la puerta del fondo.) Huye: aguárdame en la vereda de los castaños. (Vase Mari-Nieves por el fondo.)

ESCENA VII

CALVARIO y ROCAVIVA

Cal. (Levantándose tembloroso y sin volver la cabeza.) ¿Quién va? ¿Es Mari-Nieves? (Rocaviva le contempla un instante sin contestarle.) (¡Dios! ¿Qué es esto? ¿Quién es?) (Rocaviva avanza hacia Calvario y le pone una mano en el hombro; Calvario vuelve la cabeza, lo ve y cae de rodillas aterrado.) ¡Ah!

Roc. Sábelo tú y sépanlo los pastores todos: el que suba á la cumbre á buscarme, no volverá al llano. (Vase tranquilamente por la puerta del fondo. Calvario pretende incorporarse y no puede; quiere hablar y no le sale; da un grito y cae desplomado.)

MUTACIÓN

CUADRO TERCERO

Telón corto de selva

Música

ESCENA UNICA

ZACARÍAS, LUMBRERAS, CALVARIO y MIGUEL

Coro (Dentro.)
Campanita de la ermita,
dí á mi morena que vuelvo,
dile que la llevo flores,
y entre las flores un beso.

Lum. (Por la derecha á los demás, que salen á su encuentro por la izquierda.) ¿A dónde bueno?

Zac. A la cumbre.

Lum. ¿A la cumbre? Un año há que nadie sube á ella. ¡Un año!

Zac. Un año, sí; desde que Mari-Nieves huyó de mi lado. ¡Ya es hora de subir, tío Lumbrera!

Lum. Cuidao, señor amo: venganza tardía, ni sabrosa ni bien cumplía.

Zac. La mía ha de dejar memoria, que un año también llevo rumiándola. (Mutis por la derecha con los demás.)

Lum. (Haciendo mutis por la izquierda.) Padre eres, contra lo tuyo vas... tu sabrás.

Coro (Dentro.)
Si tu sufrieras por mí
lo que sufro yo por ti,
¡ay, alma mía!
la tierra que yo piso,
sí, morena sí,
tú besarías.
Riau, riau, riau.

MUTACIÓN

CUADRO CUARTO

Igual decoración que el primero. El tosco cobertizo del fondo estará hecho con ramas verdes perfectamente tramadas en la parte más baja de la escena y en el centro.

ESCENA PRIMERA

MARI-NIEVES y ROCAVIVA. Ante el cobertizo, y sobre un lecho de hojas y pieles, hay un niño de pocos meses; arrodillada junto á él, Mari-Nieves canta. Rocaviva, de pie en los riscos del fondo, simula vigilar su rebaño

Música

Mari Hasta las luces del día
han de morirse de celos
porque es hermoso mi niño
como la luz de los cielos.
Duerme, bien mío,
amor de mis amores,
sol de mi estío.
(Hablado sobre la música, al mismo tiempo que besa al niño.)
Nada, que no se duerme, ¡por vida mía!...

Roc. (Acercándose al grupo y contemplando al niño.)
Cántale una tonada para que ría.
No tiene sueño el pobre.

Mari (Severamente.) Luego se engríe...

Roc. Cántale, que me gusta ver como ríe.

Mari (Cantado.)
Pues, señor,
este era un pastor
que tenía en su piara
una oveja muy pendeja,
calva y mocha, tuerta y rara,
negra y sucia, tonta y vieja,
y la oveja vieja y calva
su amor puso en un borrego

que era blanco como el alba
y era lindo como el fuego,
y balando, amorosa,
al borrego llamó,
y balando cantaba
su balada de amor.
Borrego de mi vida,
ven aquí, por favor,
ven y topa, borrego.

Roc. ¡Topa!

Mari Topa, topa, por Dios.

Los dos Topa, topa—mírale como sonríe.
Topa, topa—cómo sonríe mi amor.
(Ríen ambos contemplando al niño.)

Hablado

Roc. (Mirando hacia la derecha y gritando.) ¡Hop! ¿A dónde va esa indina?

Mari ¿Cuál es?

Roc. La Pajarita, que se ha propuesto despeñarse. ¡Animal más loco! (Gritando.) ¡Toma! ¡¡Toma!!

Mari (Gritando y cubriéndose la cara con las manos.) ¡Ah!

Roc. ¿No lo dije? En los zarzales quedó sujeta. Aguarda. (Vase por el fondo derecha.)

Mari A ver si te caes tú por salvarla; yo te ayudaré, espera. (Vase tras él.)

ESCENA II

ZACARÍAS, CALVARIO y MIGUEL. COSTERO luego. Los tres primeros entran en escena por la izquierda muy sigilosamente y guardando todo género de precauciones

Mig. (A media voz y en tono suplicante.) Pero, señor amo...

Zac. Silencio. (A Calvario.) De ella tú te encargas; sujetarla no más. ¿Estamos? El otro... corre de mi cuenta.

Mig. ¿Vá usté á quemar nuevamente el chozón?

Zac. Y así pudiera quemar á la montaña entera. (A Calvario.) ¿Hay alguien?

Cal. A nadie se ve.

Zac. Pues á ella. (Miguel y Zacarías bajan hasta llegar cerca de la choza.)

Cal. (A Zacarías.) Vea usted, andan por allá abajo. ¡Recáscara! ¡Y que yo me creyera que ése cacho de cerdo era un espíritu! Cada vez que me acuerdo me sonrojo. (Miguel y Zacarías avanzan hacia la choza seguidos de Calvario.)

Mig. (Deteniéndose ante el lecho de hojas y pieles.) ¡Dios! ¿Qué es esto?

Cal. ¡Un niño!

Zac. (Estupefacto.) ¡¡Un niño!! (Los tres se miran sin articular palabra.)

Cos. (Dentro, cantando.)

Mira tú si te quiero yo
que por ti sufro nieve y sol,
y por ver la tu cara
muero de amor.

Mig. (Asustado.) ¡El Costero de Pueblohondo!

Cal. (Temeroso.) ¡Vamos de aquí!

Zac. (Sin dejar de mirar al lecho de hojarascas.) ¡Un niño!

Mig. (Zamarreando á Zacarías.) ¡Señor amo! (Los tres desandan lo andado y se ocultan allá arriba entre los riscos de la izquierda.)

Cos. (Dentro, como antes.)

Molo, molondrón,
molondrón, molondrero.
Ya ves tú, serrana,
lo que yo te quiero,
que por tu cariño
sufro nieve y fuego.
Molo, molondrón,
molondrón, molondrero.

(Un momento de pausa, y el Costero, que es hombre de unos cincuenta años, pero recio y fuerte, entra en escena por la derecha primer término. Conduce un abultado fardo que deja ante el cobertizo del fondo.) ¡A la paz e Dios! ¡Andá! Pues si no hay nadie, si hasta tienen al crío abandonao. ¿Habrá ocurrido alguna desgracia? (Mirando hacia la derecha.) ¡Quiá! Si están allá tan frescos.

(Gritando.) ¡Eh! ¡¡Eeeeh!! ¡Que estoy acá! ¡Andá! Se ha despertao la rastra. (Recreándose en el chico.) ¡Qué chicarro tan hermoso! Y niño; lo que deben ser las criaturas. Esto es hacer bien las cosas, no como mi mujer, que lleva ya once niñas en el mundo. ¡Mire usté que once niñas! Y guapas las once, que es lo más malo, y cinco ya con novios, que es peor, porque se distrae uno una miaja, y... abuelo te dije. Bueno; la verdad es que mi compadre Frasquito tiene razón: si durante cuarenta años los padres no tuvieran más que hijas y los ricos nada más que hijos, se repartían los bienes y se acababa el problema social.

ESCENA III

DICHOS, MARI-NIEVES y ROCAVIVA

Mari Dios guarde á usted, señor Nicolás.

Cos. Hola, pareja feliz ¿De dónde se viene?

Roc. (Acariciando á una cabrilla que trae en brazos.) De la brecha grande. Esta maldita se empeñó en desgraciarse, pero no ha podido conseguirlo. Y tú, ¿qué traes?

Cos. Dos cosas: el pan de la quincena y una razón de don Tomás, el administradó.

Mari ¿Qué razón es esa?

Cos. Pues que como dicen que el señor Zacarías jura públicamente que va á subir para hacer con vosotros un escarmiento, pues me dijo él: dile tú que si necesitan quien los defienda, les mandaremos un par de hombres, que nunca estarán de más.

Mari Dígale usted que no necesitamos de nadie, señor Nicolás; si mi padre ha jurao que ha de subir á vernos subirá, porque es hombre que cumple lo que jura; pero no ha de arrancarme de aquí, porque yo también sé cumplir lo que prometo.

Cos. Bien se ve la casta: tienes toda su entereza.

Mari Pero tengo también su sentir, y porque lo tengo le digo, que si mi padre sube ciego de coraje y ve la cara de este retoño, que es su cara, me dejará en la cumbre, donde cumplo mi ley.

Cos. Es que él te quiere en el llano, en la alquería, pa que disfrutes de su hacienda y de todo lo que él amontonó á fuerza de sudores.

Mari Pues ná de eso quiero; yo soy como la alondra del cuento, que prefería las espinitas del monte á la jaula de oro donde se moría de tristeza.

Cos. Y yo te alabo el gusto, alondra mañanera, que pa cuatro días que la vida dura, bueno es vivir á donde más se goce. ¿Queréis algo más?

Mari Que si va usted por la alquería y ve á mi padre...

Cos. Habla, mujer.

Mari Dígale usted... que lo primero que aprenda el niño á decir será su nombre.

Cos. Cumpliré tu encargo. ¡Ea! Salud.

Mari Vaya usted con Dios.

Roc. Que Dios le guíe. (Vase el Costero por la izquierda, último término.)

Zac. (Que oyó emocionado el anterior diálogo.) ¿Has oído? (A Calvario.)

Mig. ¿Qué hacemos, señor amo? ¿Vámonos?

Zac. Sí, vámonos.

Cal. Pero...

Zac. Deja á la alondra sobre las espinitas del monte, que su ley cumple. (Atraviesan la escena de derecha á izquierda por los altos riscos del fondo, sigilosamente y sin dejar de mirar á Mari-Nieves y á Rocaviva, que más abajo, y arrodillados, contemplan á su hijo.)

Mari No sé por qué siento una alegría muy grande, Rocaviva.

Roc. ¡Mira! ¡Mira cómo ríe!

Mari ¡Anda! Si es que le hace gracia la cabrita; no le quita ojo. (Ambos juguetean con el chico y ríen á carcajadas.) ¡Sol de mi vida! (Besándolo con pa-

sión. Zacarías, antes de hacer mutis, mira por última vez aquel grupo y limpia de sus ojos unas lágrimas.)

Roc. ¡Deja que yo le bese! (Lo hace.)

Cos. (Dentro, cantando.)

¡Ay, que cosa es el amor,
que hasta una flor cuando ama
suele mudar de color!

TELÓN LENTO

OBRAS DE PEDRO MUÑOZ SECA

Las guerreras, juguete cómico-lírico.
El contrabando, sainete. (Octava edición).
De balcón á balcón, entremés en prosa. (Segunda edición.)
Manolo el afilador, sainete lírico.
El contrabando, sainete lírico. (Cuarta edición.)
La casa de la juerga, sainete lírico.
El triunfo de Venus, zarzuela.
Una lectura, entremés en prosa.
Celos, entremés en prosa. (Segunda edición.)
Las tres cosas de Jerez, zarzuela.
El lagar, zarzuela.
A prima fija, entremés en prosa.
El niño de San Antonio, sainete lírico.
Floriana, juguete cómico en cuatro actos.
Los apuros de Don Cleto, juguete cómico.
Mentir á tiempo, entremés en prosa.
El naranjal, zarzuela.
Don Pedro el Cruel, zarzuela cómica.
El fotógrafo, juguete cómico.
El juilguerillo de los Parrales, sainete.
La neurastenia de Satanás, humorada cómico-lírico-bailable.
Mari-Nieves, zarzuela.

Precio: UNA peseta